

La historia de la salvación a través de la Biblia

- *Sagrada Biblia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2020.

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis

Dios creó el mundo y creó también al hombre, Adán, y a la mujer, Eva, a quienes puso en el jardín de Edén. El hombre y la mujer fueron tentados por la serpiente y pecaron, por lo que Dios los expulsó del jardín. Adán y Eva tuvieron dos hijos: Caín y Abel, pero Caín sintió envidia de su hermano y lo mató.

Dios castigó la corrupción de los hombres por medio del diluvio: el justo Noé y su familia se encerraron en un arca a modo de barco, y solo ellos y los animales que llevaban consigo sobrevivieron a la gran inundación.

Abrahán, cumpliendo la voluntad de Dios, se puso en camino y llegó a la tierra de Canaán. Dios le prometió una gran descendencia y, años después, puso a prueba su fe pidiéndole que sacrificara a Isaac, su único hijo. Abrahán estaba dispuesto a hacerlo, pero el propio Dios lo impidió en el último momento.

Isaac tuvo dos hijos: Esaú, el mayor, y Jacob, el pequeño. Jacob compró la primogenitura a su hermano por un guiso de lentejas y se hizo pasar por él para recibir la bendición de su padre, aprovechando que este era ya anciano y estaba ciego. Una noche, Jacob luchó hasta el amanecer con un hombre. Este le dijo: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido» (Gén 32,29).

Jacob tuvo doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. El predilecto de Jacob era José. Sus hermanos, envidiosos, lo vendieron a unos comerciantes, que lo llevaron a Egipto. Allí se convirtió en esclavo y fue encarcelado injustamente. Un día, José interpretó los sueños de sus compañeros de prisión: el copero y el panadero del faraón. Dos años después, interpretó un sueño del propio faraón: predijo siete años de abundancia seguidos de otros siete de hambruna. Como recompensa, fue nombrado administrador de todo el país. Los hermanos de José, obligados por el hambre, acudieron a Egipto. Ellos no reconocieron a su hermano y él los puso a prueba, pero al final les reveló su identidad y los perdonó. Jacob y sus hijos se instalaron en Egipto.

Éxodo

Muchos años después, un nuevo faraón, asustado porque los israelitas (los descendientes de Jacob) eran cada vez más numerosos, decidió someterlos con duros trabajos y ordenó que todos los varones recién nacidos fuesen arrojados al río Nilo. Una madre israelita puso a su hijo en una canasta y lo dejó junto a la orilla, donde lo encontró la hija del faraón. La hermana del pequeño se ofreció a buscar a una mujer que lo cuidara, y buscó a su propia

DIVINA MISERICORDIA

madre. La hija del faraón le puso el nombre de Moisés. Años después, Moisés mató a un egipcio y huyó lejos de allí.

Dios se apareció a Moisés en forma de zarza que ardía sin consumirse y lo envió ante el faraón para sacar a su pueblo de Egipto. Moisés y su hermano Aarón exigieron al monarca que dejara marchar a los israelitas, pero él los esclavizó aún más. Dios envió terribles plagas sobre Egipto, pero el faraón se resistía a liberarlos. Finalmente, Dios ordenó a las familias israelitas que sacrificaran un cordero y que hiciesen con su sangre una señal en la puerta. En las casas que no estaban marcadas, murieron los primogénitos. Aquella noche, el faraón dejó marchar a los israelitas, pero pronto se arrepintió y salió a perseguirlos. Moisés y su pueblo pudieron cruzar el mar porque las aguas se retiraron ante ellos; cuando los egipcios intentaron hacer lo mismo, las aguas volvieron a su lugar y los sepultaron.

Ya en el desierto, Dios proporcionó a los israelitas agua y comida. En el monte Sinaí, estableció una alianza con su pueblo, al que dio los diez mandamientos: «No tendrás otros dioses frente a mí (...). No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso (...). Recuerda el día del sábado para santificarlo (...). Honra a tu padre y a tu madre (...). No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo» (Éx 20,2-17).

Deuteronomio

Los israelitas vagaron por el desierto durante cuarenta años. Antes de morir, Moisés subió al monte Nebo, desde donde Dios le mostró Canaán, la tierra prometida a la que por fin habían llegado.

Josué

Guiados por Josué, los israelitas conquistaron Canaán, cuyo territorio fue repartido entre las doce tribus de Israel (descendientes de los doce hijos de Jacob).

Primer libro de Samuel

Cuando los israelitas quisieron tener un rey, el juez Samuel ungió a Saúl por encargo de Dios. Posteriormente, el rey Saúl se apartó del Señor, por lo que Samuel fue a Belén y allí ungió a David, el hijo menor de Jesé. David mató de una pedrada a Goliat, un temido guerrero filisteo, y Saúl lo nombró jefe de su ejército, pero pronto sintió envidia de él y comenzó a perseguirlo. Los israelitas y los filisteos se enfrentaron en una batalla, en la que murieron Saúl y sus tres hijos.

Segundo libro de Samuel

Tras ser proclamado rey, David conquistó Jerusalén y llevó allí el arca con las tablas de la ley (los diez mandamientos). David pecó, pero se arrepintió y pidió perdón a Dios.

Primer libro de los Reyes

A David lo sucedió su hijo Salomón, un hombre sabio que construyó el templo de Jerusalén, donde depositó el arca de la alianza. No obstante, acabó cayendo en la idolatría. A su

DIVINA MISERICORDIA

muerte, las diez tribus que habitaban en el norte del país no reconocieron a Roboán, hijo de Salomón, sino que eligieron a su propio rey, Jeroboán. A partir de entonces, el país quedó dividido en dos: al norte, Israel (diez tribus); al sur, Judá (dos tribus). Jeroboán cayó en la idolatría y estableció nuevos lugares de culto, para que los habitantes de su reino no tuvieran que acudir a Jerusalén, la capital de Judá. Dios se manifestó en favor del profeta Elías en el monte Carmelo, frente a Ajab, rey de Israel, y los sacerdotes idólatras.

Segundo libro de los Reyes

El Señor se llevó a Elías en un carro de fuego, ante la mirada de su discípulo Eliseo.

Isaías

El profeta Isaías transmitió a Acaz, rey de Judá, un mensaje de parte de Dios: «La virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Enmanuel» (Is 7,14). El siervo de Dios, profetizado por Isaías, cumplirá en todo la voluntad del Señor. Por medio de él, llegarán a la tierra la justicia de Dios y su salvación. El Señor promete un nuevo cielo y una nueva tierra.

Amós

Dios decide castigar a su pueblo por sus continuas infidelidades.

Jeremías

Los asirios invadieron el reino de Israel y deportaron a muchos israelitas. Posteriormente, Jeremías profetizó en Jerusalén la llegada de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que destruyó el templo y toda la ciudad. Muchos judíos fueron desterrados.

Ezequiel

Dios promete que perdonará a su pueblo.

Esdras

Ciro, rey de los persas, conquistó Babilonia y permitió que los desterrados volvieran a Jerusalén y reconstruyeran el templo.

Primer libro de los Macabeos

Los judíos vivían sometidos a reyes extranjeros, que intentaban imponerles su religión.

Segundo libro de los Macabeos

Muchos judíos fueron perseguidos y martirizados a causa de su fe.

Job

Dios puso a prueba al piadoso Job, un hombre rico al que arrebató todo lo que tenía. Job aceptó la voluntad del Señor, y fue recompensado por ello.

DIVINA MISERICORDIA

Jonás

El profeta Jonás recibió de Dios la orden de ir a Nínive, pero se negó a obedecer y tomó un barco en otra dirección. Entonces, un gran pez se tragó a Jonás y lo llevó a tierra firme. El profeta fue a Nínive y anunció la destrucción de la ciudad. Los habitantes hicieron penitencia y Dios los perdonó.

Daniel

El profeta Daniel vio en una visión a un anciano sentado sobre un trono y a un hombre a quien el anciano daba poder.

NUEVO TESTAMENTO

Evangelios según San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan

El ángel Gabriel anunció en Nazaret, a una virgen llamada María, que por obra del Espíritu Santo iba a concebir y dar a luz un hijo, al que llamaría Jesús, y María aceptó la voluntad de Dios. Ella iba a casarse con un hombre llamado José, quien, al enterarse de que estaba embarazada, pensó repudiarla en privado, pero un ángel le reveló en sueños que aquel niño venía del Espíritu Santo. El emperador Augusto ordenó hacer un censo, y María y José tuvieron que ir a empadronarse a Belén, la ciudad de David. María dio a luz allí a su hijo y, como no había sitio en la posada, lo acostó en un pesebre. Un ángel anunció el nacimiento del Salvador a unos pastores, que fueron a ver al niño. También unos magos de Oriente se presentaron ante Jesús y lo adoraron. El rey Herodes, temeroso de que aquel niño le arrebatara el trono, ordenó matar en Belén a todos los menores de dos años. Pero José, alertado en sueños por un ángel, huyó con María y Jesús a Egipto, donde permanecieron hasta la muerte de Herodes. Después, se establecieron en Nazaret. Cuando Jesús tenía doce años, fue con sus padres a Jerusalén. María y José lo perdieron de vista y, a los tres días, lo hallaron en el templo, conversando con los maestros. La llegada del Mesías fue anunciada por Juan, hijo de Zacarías e Isabel, que vivía en el desierto. Él llamaba a la conversión y bautizaba a la gente en el río Jordán. Cuando Jesús tenía unos treinta años, fue bautizado por Juan. Entonces, el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma y se oyó una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco» (Lc 3,22).

Jesús proclamaba el evangelio, anunciando el reino de Dios. Un día fue al lago de Galilea, donde llamó a dos pescadores: Pedro y su hermano Andrés. Ellos, dejándolo todo, lo siguieron, al igual que hicieron Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que también eran pescadores. Jesús realizó su primer milagro en una boda que se celebraba en Caná de Galilea: al acabarse la bebida, María le pidió que interviniera y él convirtió el agua en vino. Jesús curó a un paralítico en Cafarnaún y, después, llamó a un recaudador de impuestos, Mateo, para que fuera discípulo suyo. Jesús eligió a doce apóstoles: Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote. Jesús enseñaba a la gente, elogiando a quienes se sienten pobres en el

DIVINA MISERICORDIA

espíritu, son mansos, lloran, tienen hambre y sed de la justicia, son misericordiosos, tienen un corazón limpio, trabajan por la paz, son perseguidos por causa de la justicia o sufren injurias y calumnias por ser seguidores suyos. También enseñaba que hay que amar incluso a los enemigos. A sus discípulos, les dijo que oraran así: «Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal» (Mt 6,9-13). Un día, en la ciudad de Naín, Jesús resucitó al hijo de una viuda, que había muerto. En otra ocasión, mientras cruzaba el lago junto a sus discípulos, Jesús calmó una fuerte tempestad que amenazaba con hundir la barca en la que viajaban. Otro día, Jesús dio de comer a miles de personas al multiplicar cinco panes y dos peces. También dijo: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás» (Jn 6,35). Cuando preguntó a sus discípulos quién creían que era él, Pedro respondió: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16). Jesús subió a lo alto de un monte y, en presencia de Pedro, Santiago y Juan, se transfiguró. Entonces, se oyó una voz que decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo» (Lc 9,35).

Jesús contó a la gente la siguiente parábola: *Un hombre fue asaltado por unos bandidos, que lo dejaron malherido. Pasó por allí un sacerdote, pero no hizo nada. Pasó por allí un levita, pero tampoco hizo nada. Pasó finalmente un samaritano, que le curó las heridas y lo llevó a una posada. Este último fue quien se comportó como prójimo de aquel.* Jesús enseñaba que Dios se alegra por cada pecador que se convierte, igual que un pastor se alegra cuando recupera a una oveja perdida. También dijo: «Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10,11). Jesús contó a la gente otra parábola: *Un hombre tenía dos hijos. El menor pidió la parte de la fortuna que le correspondía y se fue a un país lejano, donde derrochó todos sus bienes. Cuando comenzó a pasar hambre, decidió regresar a la casa de su padre y pedirle que lo tratara como a uno de sus jornaleros. Así lo hizo, pero, en cuanto el padre lo vio, fue corriendo hacia él, lo abrazó, lo cubrió de besos y mandó hacer una fiesta para celebrar su regreso. El hermano mayor, sin embargo, se enfadó al no entender la reacción de su padre.* Cerca de Jericó, un ciego que pedía limosna se puso a gritar: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!» (Lc 18,38), y él hizo que recobrara la vista. Ya en Jericó, Jesús se alojó en casa de Zaqueo, jefe de los recaudadores de impuestos, quien aquel día decidió dar la mitad de sus bienes a los pobres.

Pocos días antes de la Pascua, Jesús entró en Jerusalén montado en un asno. A su paso, la gente lo aclamaba, cubriendo el camino con sus mantos y con ramas. Los sumos sacerdotes, sin embargo, querían prenderlo y acordaron con Judas que se lo entregara a cambio de treinta monedas de plata. Al celebrar la cena pascual con los apóstoles, Jesús tomó el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía» (Lc 22,19). Acabada la cena, tomó el cáliz, dio gracias y se lo pasó diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22,20). Además, les dio un mandamiento nuevo: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34). Después, fue a rezar al monte de los Olivos: «Padre, si quieres,

DIVINA MISERICORDIA

aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Entonces llegaron unos hombres, guiados por Judas, y lo apresaron. Por miedo a correr la misma suerte, Pedro negó conocer a Jesús. Mientras tanto, este fue conducido ante las autoridades judías, que lo interrogaron sobre si él era el Hijo de Dios, y Jesús respondió: «Yo lo soy» (Lc 22,70). Entonces, lo condujeron ante el gobernador Poncio Pilato, quien ordenó azotarlo. Los soldados le pusieron una corona de espinas en la cabeza para burlarse de él. Después de esto, Pilato quería soltar a Jesús, pero quienes lo acusaban empezaron a gritar: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» (Jn 19,6), e insistieron tanto que acabó entregándoselo. Jesús cargó con su cruz hasta el lugar llamado Gólgota, donde fue crucificado junto a otros dos hombres. Sobre la cruz había un letrero: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos» (Jn 19,19). Al ver a su madre y a uno de sus discípulos, Jesús dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), y a él: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,27). Poco después, murió. Un hombre llamado José de Arimatea descolgó el cuerpo de Jesús, lo puso en un sepulcro excavado en la roca y rodó una gran piedra. Al tercer día, varias mujeres fueron muy temprano al sepulcro y lo encontraron vacío. Un ángel les dijo: «No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron» (Mc 16,6). Ese mismo día, Jesús se apareció a dos discípulos suyos que iban caminando a Emaús, aunque ellos no lo reconocieron hasta que, al llegar a su destino, Jesús bendijo y partió el pan. Los apóstoles estaban en Jerusalén, encerrados en una casa por miedo a la gente, cuando de pronto entró Jesús y les dijo: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 23). Los apóstoles fueron a Galilea y allí volvieron a ver a Jesús, que les dijo: «Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,19-20).

Hechos de los apóstoles

Cuarenta días después de la Pascua, en el monte de los Olivos, Jesús fue elevado al cielo en presencia de los apóstoles. El día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre ellos en forma de llamaradas y empezaron a hablar en diversas lenguas. El número de discípulos creció rápidamente gracias a la predicación de los apóstoles y a los milagros que estos hacían en nombre de Jesús. Las autoridades judías ordenaron a Pedro y Juan que dejaran de predicar, pero ellos no les obedecieron. Las mismas autoridades condenaron a muerte a Esteban, uno de los primeros diáconos. A continuación, se desató una violenta persecución contra la Iglesia en Jerusalén. Un judío llamado Pablo, que perseguía a los seguidores de Jesús, iba camino de Damasco cuando, de pronto, lo envolvió una luz, cayó a tierra y escuchó una voz que decía: «¿Por qué me persigues?». Él preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y la voz respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9,4-5). Pablo se convirtió y, a partir de entonces, comenzó a fundar nuevas comunidades cristianas, formadas no solo por judíos, sino también por gentes de otras naciones. Fue perseguido y tuvo que huir de una ciudad a otra, escribiendo numerosas cartas a esas nuevas comunidades. Finalmente, fue detenido en Jerusalén y conducido a Roma.

DIVINA MISERICORDIA

Apocalipsis

Juan escribe: «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron (...). Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo (...). Y dijo el que está sentado en el trono: “Mira, hago nuevas todas las cosas”» (Ap 21,1-5).